

Reportaje La gran aventura de la actividad editorial catalana desde el siglo XV hasta la revolución digital está siendo contada por Manuel Llanas en su monumental ‘Història de l’edició a Catalunya’

Una máquina de hacer libros



Manuel Llanas
Història de l’edició a Catalunya

GREMI D'EDITORS DE CATALUNYA

La obra consta de seis volúmenes, de los que se han publicado cuatro hasta la fecha. Edición no venal

EVA MUÑOZ

Del largo desarrollo de la actividad de imprimir libros, que cubre ya más de cinco siglos de la historia catalana, se ocupa la *Història de l’edició a Catalunya* de Manuel Llanas, un encargo que el Gremi d'Editors hizo en el 2001 al estudio, quien ha contado para su realización con la colaboración de Montse Ayats. Hasta ahora se han publicado cuatro de los seis volúmenes que comprende el proyecto, que dan cuenta de la edición desde la etapa incunable hasta la Guerra Civil española. El quinto, que se ocupará del periodo que va desde el final de la Guerra Civil hasta el final del franquismo, aparecerá a lo largo de este año. El sexto, que se publicará en el 2007, comprenderá los últimos treinta años, en los que la tecnología digital y la elevada concentración empresarial han transformado profundamente el sector.

Uno de los valores de la obra de Manuel Llanas es el de compendiar o al menos dar noticia de otros trabajos que en el terreno de la historia de la edición han realizado otros investigadores, así

Junto a los catalanes, la Ciudad Condal tuvo en sus inicios a destacados impresores de origen alemán y francés

como incluir fuentes originales: contratos, inventarios, leyes y normativas, cartas, notas manuscritas. Otro rasgo, como puede deducirse de su extensión, es su carácter comprensivo que, al hilo de su desarrollo cronológico, se detiene en las principales figuras e instituciones y, desde Barcelona, acude a otras provincias y poblaciones para darnos cuenta de su propia evolución en este campo.

En Barcelona, el primer libro impreso del que se tiene constancia es una traducción al latín de la *Ethica. Politica. Oeconomica* de Aristóteles, que es también el primer libro editado en Catalunya. La edición no está fechada (algo frecuente en la imprenta primitiva), pero muy probablemente vio la luz en 1473,



KATJA ENSELING

menos de veinte años después de que lo hiciera en Maguncia la Biblia de Gutenberg, que data de 1455. El incunable catalán se debe a la asociación de tres impresores alemanes asentados en Catalunya: Enric Botel, Jordi Von Holtz y Joan Planck. En efecto, fueron impresores alemanes quienes trajeron a Barcelona, como a otras ciudades europeas, la revolucionaria máquina de Gutenberg.

En los primeros años del siglo XV casi todos los impresores que trabajaban en Catalunya procedían de Alemania: Joan de Salzburgo, Joan de Constanza, Nicolau Spindeler o Joan Rosenbach, si bien ya hay documentados cuatro impresores catalanes: Pere Posa, Pere Miquel, Gabriel Pou y Bartomeu Labarola, aunque los tres primeros eran, antes que impresores, libreros. Y es que, escribe Manuel Llanas, “obligados por la dura competencia a una vida nómada y a trajarar prensas y útiles de imprimir de un lado a otro, los impresores padecían dificultades económicas”. Por el contrario, mejor considerados socialmente que los impresores, y al frente de una actividad más segura y lucrativa, los libreros regentaban negocios de larga tradición que, con la imprenta, aumentan sus posibilidades de venta.

La Cofraria de Sant Jeroni dels Llibreters recibía en 1553 la sanción oficial. En el contexto europeo, sólo le precede, en 1548, el Collegio di Stampatori et Librari de Venecia y le sigue, en 1557, la Stationers Company británica. Ambas, por cierto, incorporaban a los impresores, excluidos del gremio barcelonés. En Barcelona, la reunión de unos y otros en una misma asociación gremial no se produce hasta el reinado de Carlos III. Por lo que se refiere a los profesionales de la imprenta, si en la época incunable procedían mayoritariamente de Alemania, en el siglo XVI son sobre todo de origen francés y provenzal. Mientras, el negocio de la librería y la edición suele encontrarse en manos de naturales del país, que inauguran una tradición, la del librero desdoblado en editor o viceversa, que entre nosotros perdura hasta bien entrado el siglo XX.

En cuanto a las lenguas, si en la pri-

Entrevista a Manuel Llanas

“Fuimos pioneros en América”

E. M.

Encontramos a Manuel Llanas en la Biblioteca de Catalunya, consultando el Fondo Bergnes de las Casas, recabando información para la elaboración de los dos últimos volúmenes de la *Història de l’edició a Catalunya*.

El fondo contiene catálogos y material diverso procedente de los archivos de

distintas editoriales catalanas.

Sobre todo prospectos y correspondencia comercial. Prácticamente no hay correspondencia con los autores. La devastación que han sufrido y continúan sufriendo los archivos editoriales es sobrecogedora y vergonzosa a un tiempo. Si no fuera por este fondo, no habría nada que hacer. Claro que las editoriales no tienen espacio pero en Francia, por

ejemplo, funciona un Instituto para la Memoria de la Edición Contemporánea. Este Instituto facilita a los editores que el archivo que genera la empresa se guarde en una abadía de Normandía destinada al efecto.

Dice usted que existen una serie de ‘constantes’ en la edición catalana. ¿Por ejemplo?

Las sagas de editores, familias que a lo largo de sucesivas generaciones se han dedicado a uno u otro aspecto del negocio editorial: editores, libreros, impresores; otra es la cantidad de enciclopedias que producen las editoriales catalanas, como si existiera el principio tácito de que una editorial importante ha de tener una enciclopedia propia. Otra muy destacable es el asociacionismo. Hay una tradición entre el gremio editor y librero e impresor muy antigua. Esto ha permitido que hayan surgido profesio-

nales agremiados que han destacado por aportaciones concretas, como Carlos Gibert, aunque ninguna de sus iniciativas prosperase en una economía tan constreñida como la del siglo XVIII, o Gustau Gili y Roig, el fundador de la editorial Gustavo Gili, promotor de la Cámara del Libro y que hace constantemente peticiones al gobierno para que promueva una política del libro. Y, por supuesto, la expansión americana, de la que las editoriales catalanas son pioneras. Las editoriales que tienen más volumen de producción y ventas en América son dos catalanas: Océano y Planeta, pero ya en el siglo XIX hay una serie de editoriales fuertes muy capitalizadas, como Montaner y Simón, que abren camino en el mercado americano.

¿Ese mercado juega un papel importante en el liderazgo del sector editorial en lengua española que mantiene Cata-

Figuras y curiosidades

El humanista Pere Miquel Carbonell, que nos daba cuenta de los orígenes de la imprenta en Barcelona, era grafómano y erotómano, y parece que en esta última circunstancia está también el origen de su pasión por los libros. “Erudito, pedante y vanidoso –según lo describe Llanas–, Carbonell vivía tan obsesionado por su propia persona y fama póstuma que llenaba de comentarios y notas marginales no sólo las obras que leía, sino también los documentos notariales y cancillerescos que caían en sus manos.” Ningún asunto detenía su pluma, ni los problemas conyugales, ni la lascivia que tanto lo mortificaba. Y así, él mismo reconocía en su dedicación a las letras un deseo de disciplinarse ‘ne mulierosus persisterem’ (para no persistir en su inclinación por las mujeres). Y escribía: “Porque mi naturaleza es muy libidinosa, y estoy seguro de que si no me hubiese entregado a copiar y componer libros, hubiese cometido muchos pecados”.

En otro orden de cosas, también explica Manuel Llanas que la “novedad más estimulante” del siglo XVII no es otra que la aparición de formas embrionarias de prensa. Son las hojas de noticias que, con los nombres de ‘nuevas’, ‘relaciones’, ‘cartas’, ‘gacetas’ o ‘descripciones’ se centran en episodios de la actualidad internacional, y proliferan mucho a raíz de las guerras de Catalunya contra Francia y Castilla, singularmente la Guerra dels Segadors. Tanto proliferan que su presencia hace que la producción impresa del siglo XVII casi duplique la del XVI. Con las hojas de noticias, “nos encontramos frente a un fenómeno híbrido de protoperiodismo y panfleto político. Al fin y al cabo”, concluye el profesor, “la imprenta, indispensable para crear opinión, es ya el gran medio de la lucha política”

E. M.

ejércitos borbónicos de Felipe V es, de acuerdo con Llanas, el factor más determinante de la actividad impresora catalana en el siglo XVIII. La derrota provoca “la implantación de la legislación castellana del libro (mucho más restrictiva y llena de monopolios), el desplazamiento de la manufactura del papel y el nombramiento de un impresor real”; además de la promulgación de la Real Cédula de Aranjuez, que prohibía la enseñan-

za en catalán, lo que acentuaba la posición residual que ocupaba la edición en lengua catalana. La situación mejora ostensiblemente a partir del reinado de Carlos III; en el último tercio del siglo la edición barcelonesa se multiplica por tres. No obstante, Francisco Javier Burgos sostiene que, a lo largo de todo el siglo XVIII, Barcelona deviene “un centro de producción de primer orden de todos aquellos impresos que hoy conocemos genéricamente como literatura popular”. A este tipo de literatura pertenecía el 85% de la producción de la imprenta del barcelonés Joan Piferrer entre 1737 y 1750, según sus libros de registro; aunque de sus talleres sale también en 1764 el volumen *Máscara Real*, una obra maestra del grabado y del arte tipográfico. Los Piferrer, que en 1763 reciben el privilegio de impresor real, constituyen una auténtica saga de profesionales del libro, una constante de la edición catalana. Es el caso de los Martí, los Surià o los Jolis, protagonistas de la saga de impresores, editores y libreros barceloneses más larga, pues desde el primero, Joan Jolis, nacido en 1650, no se extingue hasta 1983, año en que cierra definitivamente, en la calle Fontanella, la librería de los Hereus de la Viuda Pla.

En el XIX, la revolución industrial llega a las artes gráficas. “La fundición y la impresión tipográfica, los nuevos siste-

Barcelona alcanzó en el siglo XIX el liderazgo que aún mantiene de la edición en español al adquirir sus editoriales categoría industrial

mas de reproducción de imágenes y los avances técnicos aplicados a la encuadernación proporcionan una nueva dimensión al mundo del libro”, en palabras de la historiadora Pilar Vélez. Una producción creciente que satisface una demanda también creciente resultado de la progresiva alfabetización. El libro, cuya producción ha ido en aumento desde la invención de la imprenta, experimenta “un salto exponencial”, de tal modo que “entre 1800 y 1900 se editan más libros que en todo el periodo anterior”. Mejoran también los sistemas de distribución a la par que se amplían las redes ferroviarias y de carreteras. En Catalunya, la constitución de empresas editoras fuertes, de elevada capitalización, data del último tercio del siglo, y está estrechamente vinculada a la apertura del mercado americano hispanohablante.

El siglo arranca con editores como Joaquim Verdaguer, cuyo taller es el primero de España que incorpora una prensa de hierro Stanhope. A él se debe la pu-

blicación de muchas de las primeras obras de la Renaixença y de los doce volúmenes de los *Recuerdos y bellezas de España*, una de las obras más prestigiosas de la edición romántica española. Antoni Bergnes de las Casas, catedrático de griego y rector de la Universitat de Barcelona, que entre 1830 y 1843 mantiene activa una librería, imprenta y editorial, o los Brusi, fundadores del *Diario de Barcelona*, son otras de las figuras que encarnan el tránsito entre la edición romántica y la industrial. Y el XIX concluye con una de sus estampas más brillantes de la mano de empresas como la Tasso, la Espasa, la Narcís Ramírez, la Henrich o la Montaner y Simón. Fundadas en el último tercio del XIX, son las primeras empresas editoras con una organización y dimensión verdaderamente industrial, y contribuyeron a hacer de Barcelona la capital editorial en lengua española, posición que aún ocupa.

A una de ellas se debe, según Llanas, “la realización editorial más ambiciosa de la historia”: la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, conocida por todos como la enciclopedia Espasa. Editada a lo largo de 24 años, de 1907 a 1930, alcanzó los 72 (gruesos) volúmenes, más los correspondientes apéndices y suplementos, y contó entre su amplísima nómina de colaboradores con los nombres más destacados de las

letras y las ciencias del país. Un esfuerzo editorial de tal magnitud que, pese al buen resultado comercial (con tiradas de 15.000 a 25.000 ejemplares), superó la capacidad de una empresa de estructura familiar; en 1922 Espasa se asoció con Calpe, dando lugar a Espasa-Calpe, S.A. Otro episodio expresivo de la realidad editorial del momento lo constituye la exposición internacional de Leipzig de 1914. A propósito de esta feria del libro, el semanario *La Esfera* afirmaba: “No se han dado cuenta hasta ahora (los editores extranjeros), de que la supremacía de sus negocios sobre el de los editores españoles, proviene de causas ajenas a la máquina de imprimir; tienen sus países facilidades de transporte y organizaciones bancarias de que España carece”. Pese a todo, cuatro meses y medio antes de estallar la Guerra Civil, América consumía el 50% aproximadamente de la producción española. Una gran mayoría de ese papel impreso exportado se producía en Catalunya. |

mera mitad del siglo XVI el 46% de los libros editados en Barcelona eran en catalán, el 40% en latín y el 14% en castellano, conforme avanza la centuria las cifras se invierten, y en la segunda mitad el castellano supone un 55%, el latín un 27% y el catalán un 18%. El latín, entonces la lengua de cultura, hacía de Europa un gran mercado para el libro impreso. No obstante, la estrechez del mercado local de capitales impedía acometer empresas de suficiente envergadura como para resultar competitivo en el mercado internacional, por lo que la imprenta catalana se vuelca en el mercado interior en lenguas vulgares; algo que probablemente explica la creciente edición en castellano que, tras el latín, ofrecía el mayor potencial de lectores. Dos de las ediciones más relevantes del XVI son el *Llibre de l'art del coc*, del cocinero Rupert de Nola, que estampa Carles Amorós en 1520 y es uno de los primeros libros de cocina publicados en Europa, y *Las obras de Boscán y algunas de Garcilaso de la Vega*, estampadas en 1543 también por Amorós, título que revolucionó la poesía castellana con la importación de la métrica italiana.

Baches y avances

El arte y el oficio de hacer libros continuán su progreso pese a un entorno a veces adverso, como las medidas restrictivas con las que el poder político y religioso va a tratar de controlar la producción y distribución de libros y que, a finales del cuatrocientos, inaugura la Inquisición. Censura, restricciones legales, costes e impuestos crecientes acentúan, a lo largo del siglo XVII, una decadencia editorial que se inicia a mediados del XVI. “Aunque son frecuentes las tiradas entre los 1.000 y los 3.000 ejemplares, la modestia y la mediocridad tipográfica son absolutas”, escribe Llanas. La crisis paradójicamente coincide con el Siglo de Oro de la literatura en lengua española (muchos de cuyos títulos salen de los obradores catalanes). Precisamente, la imprenta barcelonesa del XVII está inevitablemente vinculada a Cervantes y al *Quijote*, que da de ella elogiosa cuenta en el capítulo LXII de la segunda parte. El taller de impresión que recrea Cervantes en la novela es el de Sebastià Cornellas, el más fecundo de su época. Aunque quizás la “novedad más estimulante de este siglo viene determinada por la aparición de formas embrionarias de prensa”, como la *Gaseta* del impresor y editor Jaume Romeu, el primer semanario de la península Ibérica.

La derrota del Principado, partidario de la Corona de Austria, frente a los

lunya desde finales del siglo XIX?

Efectivamente. La expansión americana comienza en el último tercio del XIX, y tiene unas crestas importantes ya en los años 20 y 30. Una serie de editoriales como Sopena, Salvat, que es importantísima en América, o Juventud, contratan un agente literario en exclusiva que construye en Buenos Aires el primer almacén de libros para que los problemas en el transporte no dificulten la satisfacción de la demanda de los libreros.

Pero, entonces, llega la Guerra Civil española primero y luego la Segunda Guerra Mundial, y quedan cortados los circuitos de distribución.

Sí, y la reanudación de la relación comercial con América es lenta, no se normaliza del todo hasta los cincuenta. Sin embargo, se produce un fenómeno aún no bien estudiado y es que, cuando estalla la Guerra Civil, en Catalunya se co-

lectivizan las empresas, entre ellas las editoriales, y algunas abren sucursales en América y desde allí hacen lo que pueden. Por otro lado, en Buenos Aires y en México funcionan algunas editoriales, la mayoría propiedad de españoles o de catalanes, exiliados o emigrados antes del 39, que, naturalmente, nutren el mercado interior. La editorial Losada de Buenos Aires la lleva un gallego, la Editorial Sudamericana la lleva López-Llaurassà, Grijalbo es de otro catalán...

¿Cuáles son los momentos clave en esta larga historia de la edición?

En primer lugar, el momento fundacional, la etapa incunable, en la que hay que referirse a la Abadía de Montserrat, que es hoy el sello editorial en activo más antiguo del mundo. En el XVII, por primera vez y gracias a Cervantes, la imprenta y la edición de Barcelona pasan a ser conocidas internacionalmente. Ya

en la segunda mitad del XVIII hay que destacar a impresores como Pifarré o Surià, que trabajan con una calidad homologable a la de los mejores impresores europeos. Indudablemente, el siglo XIX es el del salto a la industrialización, de la mano de empresas como la Montaner y Simón o la Espasa. El siglo XX es más complejo. En primer lugar, es el siglo de la consolidación de la gran editorial industrial. También habría que destacar la creación del Día del Libro, una iniciativa de la Cámara del Libro; de hecho, la fuerza y continuidad del asociacionismo editor es otro de los logros de este siglo. Planeta es la primera editorial catalana multinacional; también destaca la gran expansión en el mercado americano en los últimos veinte años...

¿Y los libros más importantes que se han editado en Barcelona?

Además de los ya citados, otros títulos

destacados son la *Summa de l'art d'Aritmètica*, debido a Francesc de Santcliment, que sale del obrador de Pere Posa en 1482 y es el primer libro de matemáticas impreso en la península Ibérica y el segundo de Europa; el *Consolat de mar*, impreso el mismo año por Nicolau Spindeler, primera edición del corpus jurídico que regula el comercio marítimo por el Mediterráneo durante siglos, según el notario Raimon Noguera, el libro más importante que los catalanes hemos escrito nunca; o la primera edición en un solo volumen de las dos partes de *El Quijote*, impresa en Barcelona en 1617 por Baptista Sorita y Sebastià Mateva. O, ya en el siglo XX, la *Tauromaquia o arte de torear* de Pepe-Hillo, con 26 aguatinas de Picasso, editado en 1959 por Gustavo Gili, una de las obras más exquisitas y artísticamente valiosas de la bibliofilia catalana de todos los tiempos. Se trata apenas de una pequeña selección. |